

SIMON BOLIVAR

ANTE LA ADVERSIDAD

Fragmento del discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Dr. Mons. Enrique M. Dubuc en la solemne conmemoración centenaria del traslado de los restos del Libertador.

EL TITAN

Dios, en sucesivos choques de fortuna, fué preparándolo para la lucha pública y fecunda contra la adversidad, y ésta se presentó gigantesca y en ademán de reto el año doce: con ella debe medir sus fuerzas el Titán del Avila. El escenario es vasto, imponente y lleno de desolación. Sobre los escombros trágicos de San Jacinto, en medio de aquella multitud fanatizada y despavorida, se levanta, dominando aquella escena sombría y dantesca, la figura olímpica de Bolívar, y, contestando al reto, exclama seguro de sí mismo: "Si la Naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la venceremos". Es la voz del trueno cuyo eco repercutirá más tarde en Casacoima y Pativilca: el chasquido de la centella ya se había escuchado antes sobre el Aventino, iluminado por el relámpago.

Esta frase inmortal, que excede en inspiración y magnificencia a todas las que han pronunciado los grandes hombres a través de los siglos; es la más genuina expresión de la épica personalidad de Bolívar, es una síntesis sublime del programa de su espada, es el brote más fulgurante de su genio soberano.

Bien sabéis que la incomprensión y la mezquindad han dado a esta frase una espuria y maligna interpretación como si hubiera sido una impiedad blasfematoria escapada de los labios del Grande Hombre en las horas álgidas de aquel sísmico desastre. Otros meticulosos y falsos exégetas del pensamiento del Libertador, habrían deseado borrarla de las páginas de nuestra historia, temiendo puerilmente que aquella pretensa blasfemia empañara un tanto la gloria de nuestro Héroe; pero han ignorado que con semejante desacato histórico habrían extinguido la más bella revelación de su

recia genialidad, habrían ocultado la más pujante manifestación de su virilidad gallarda, y habrían destruido el sólido fundamento de su exclusiva y típica grandeza.

Para justificar su ridícula imputación, aquellos apasionados intérpretes han debido acusar de panteísmo a Bolívar; pero él fué discretamente racional para distinguir entre la naturaleza y el Creador de ella, él fué sobradamente inteligente para no dar en la crasa estupidez de querer luchar contra Dios, y fué suficientemente sensato para no pretender vencer a la Divinidad.

El genio, señores, en la fuerza espontánea de su intuición y clarividencia, tiene expresiones que no pueden ser interpretadas según el criterio común de los hombres ordinarios. El genio es superior al ambiente social en que se agita y al medio en que aparece, adelantándose a su época, a veces en siglos; siendo iniciador y original, ve más allá, con más claridad y de manera diversa de cómo ven los demás mortales; como el relámpago, desgarrá la entraña del porvenir y la ilumina; por su potencia creadora, por su espíritu de libre síntesis y por el maravilloso poder de concentración, tiene concepciones trascendentales e inaccesibles a las mentalidades vulgares. Es, pues, incalificable la torpe audacia de quienes, sin suficiente capacidad, pretenden encerrar en su estrecha pupila intelectual las grandes visiones de los espíritus superiores. Estos son como el sol: deslumbran con la viveza de su luz los ojos ordinarios.

La impotencia desesperada de los criterios reducidos y audaces ante los productos del genio, siempre se ha traducido en gestos despectivos: en su orgullosa incomprensión han llamado locuras los sorprendentes partos geniales.

Loco llamaron los soberbios judíos y atenienses a Jesucristo por la obra divina de la Cruz; loco fué llamado Colón porque soñaba con un mundo nuevo; de ridículo y mentecato fué acusado Galvani cuando anunció haber descubierto la electricidad animal; loco y hereje fué para muchos Galileo porque puso a danzar la tierra en el espacio y detuvo el sol en su engañosa carrera diurna; de blasfemo fué titulado Bolívar por su increpación sublime, y más tarde será tenido por loco en el estupendo milagro de Casacoma. Es la trágica y fatal herencia de los genios!

La olímpica exaltación de Bolívar no es el grito desesperado de Ajax que, desde su roca de Eubea, amenaza a los dioses: es la llamarada del genio que, con plena conciencia de sí mismo, expresa la heroica voluntad de combatir victoriosamente contra toda clase de adversidad. La naturaleza que el genio de la libertad americana enfocó y apostrofó, es ese conjunto de factores naturales que se opone a toda grande empresa; es esa creatura enemiga del hombre de acción que envidiosa lo persigue en todas partes; es esa maldición del Génesis caída en la tierra para sancionar la culpa original; es ese demiurgo infernal armado de espinas y abrojos que intercepta o hace difíciles los caminos de esta vida, y contra el cual el hombre, por mandato de Dios, debe luchar con éxito para poder vestirse de inmortalidad. "Sólo al que lucha y vence, —dijo Jesucristo— le daré a comer el fruto del árbol de la vida que está en Dios".

Y esa naturaleza maligna que improbo el Libertador no sólo fué el efecto catastrófico que para la causa de la independencia produjera en el pueblo venezolano la desgracia del terremoto, interpretada fanáticamente por predicadores realistas "que abusaban sacrilegamente de la santidad de su ministerio", sino también toda la oposición que él sabía iba a encontrar en los caminos de la libertad. La visión relampagueante de su genio le presentó toda la naturaleza conjurada contra él: él vió las abruptas montañas y los páramos helados cuyas cumbres, defendidas por los ventisqueros, debía coronar con sus ejércitos deshechos, y las pampas dilatadas que, surcadas por ríos caudalosos salidos de madre o azotadas por la inclemencia del sol tropical, debía atravesar para llevar a

más de medio continente la buena nueva de la redención americana; él previó la obstinada resistencia que, en su engaño e ignorancia, le opondrían los mismos pueblos que él iba a redimir; y vislumbró las cobardes deserciones que deshondarían sus columnas, y los tremendos reveses, y las negaciones de sus discípulos, y los insolentes vejámenes con que profanaría su autoridad, y la calumnia que empañaría su nombre, y la traición y la envidia que desgarrarían su corazón, y la anarquía que, como el leviatán bíblico, amenazaría devorar el parto de su genio sacrificado, y la ingratitud que le haría beber absintio en un Getsemaní de infinitas tristezas. Y contra esa naturaleza gigantescoamente hostil, que a cualquier otro que no hubiera sido él habría amilanado, se levantó como un león para desafiarla y resistirla, y contra ella luchó, sin dar descanso a su brazo, por casi veinte años y... la venció. Así fué como Bolívar tradujo e interpretó su frase heroica lanzada en hora trágica, espada en mano, sobre las ruinas desoladas de San Jacinto.

Yo no encuentro, señores, en el escalafón de los héroes que nos ha ofrecido la Historia, otro que haya tenido que enfrentársele a tantas dificultades como Bolívar para realizar su colosal empresa. Es necesario acudir a la Mitología para encontrar a Hércules ejecutando trabajos que remedan los realizados por nuestro Héroe, o a Aquiles personificando en una ficción poética el genio del valor y de las batallas que se encarnó en Simón Bolívar.

EL PEDESTAL

La gran figura de Bolívar no admite hoy aumento ni disminución. Dios y la Historia nos la ofrecen completa. ¿Qué falta para que se imponga ante la conciencia universal con todo el esplendor de su magnífica gloria? — responderé con un pensador uruguayo: "Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros y que sobre nuestros hombros, encumbrados a la altura condigna para pedestal de estatua semejante, hagamos que descuelle, junto a aquellas figuras universales y primeras que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso".